

Camaleón

La joven se asomó por la balaustrada del piso superior contemplando la escena. El evento bullía con una actividad frenética y resultaba obvio que daría mucho que hablar en los medios, aunque quizá no por el motivo que cualquiera esperaba.

La recepción no distaba mucho de cualquier otra fiesta que hubiera visto, sólo que a un nivel más elevado. Grupos de personalidades exquisitamente vestidas cambiaban pareceres y anécdotas en diversos idiomas, mientras un ejército de camareros se desvivían por atender sus caprichos. Los grupos eran por lo general mixtos, aunque en algunos lugares hombres con esmoquin hablaban de lo que sin duda eran deportes, coches o groserías; y mujeres portando fortunas en ropa y complementos comentaban con aire relajado sus últimas vacaciones, su tratamiento contra la vejez o cualquier otra vanidad superficial. Al menos, así se lo imaginaba la chica en su cabeza, y pocas veces se equivocaba.

Tampoco ella desentonaba en absoluto en aquel ambiente. El conjunto que llevaba tenía un precio directamente proporcional a la superficie de piel que dejaba expuesta, la cual no era poca. Su largo cabello negro había suscitado alguna mirada, y su perfume algún suspiro. Las joyas no eran extravagantes, pero sí auténticas y muy caras, y el maquillaje escaso debido a que afortunadamente no lo requería. Los zapatos de tacón alto le resultaban muy incómodos para caminar y anhelaba deshacerse de esa tortura. Quizá podría quitárselos más tarde y guardarlos en el siempre útil bolso de terciopelo, que por descontado podía albergar más cosas de lo sospechado. En resumen, había acudido con sus mejores galas, puesto que la noche lo merecía.

Dio unos pasos sin rumbo fijo, admirando el refinado gusto con el que había sido decorado el salón interior de dos plantas del que era uno de los

edificios más altos y lujosos del mundo. A su mente acudió el plano que se incluía con la invitación, tratando de recordar los detalles de la estructura. Justo cuando acababa de rechazar el ofrecimiento de un camarero que recorría la planta con una bandeja repleta de copas de champán, fue que el hombre la abordó.

— ¡Buenas noches, Lynn! ¿Qué tal estás?

Era joven, atractivo, de movimientos enérgicos y atléticos. Llevaba el consabido esmoquin negro con pajarita, camisa blanca y zapatos negros, todo ello ajustado a medida. Tenía una sonrisa convincente con una parte de alegría y otra de sorpresa.

— ¿No te acuerdas? Soy John Fletcher, de la universidad.

— ¡John! ¿Cómo te va? —preguntó la joven mientras le obsequiaba con su mejor sonrisa y le ponía la mano en el pecho— ¿Cuánto hace que no nos veíamos?

— Un siglo, parece. Dime, ¿te sigues hablando con Monica?

— Uf, hace mucho que no sé de ella, pero...

Se vio interrumpida por la familiar pero siempre desagradable sensación de un arma presionada contra su cuerpo.

— Vamos a ir hacia la salida de emergencia, con calma. Nada de movimientos repentinos.

Nadie podía negar que fuera un buen actor. Su rostro no había cambiado lo más mínimo y seguía esbozando una sonrisa, mientras usaba su propio cuerpo y el de la chica para asegurarse de que ninguno de los presentes viese el arma. Ella correspondió su aplomo por igual, y sin dejar de sonreír, se encaminó hacia donde la ordenaban. Si algún otro invitado les hubiera dedicado más de una mirada no habría notado nada extraño, salvo una pareja en busca de fumar un cigarrillo o compartir unos momentos de intimidad.

— No nos conocíamos, ¿verdad? —preguntó ella sin desviar la mirada del frente.

— Me temo que no.

Llegaron a la salida de emergencia. Al otro lado, el ambiente difería mucho de la opulencia elitista que dejaban atrás. Se trataba de un hueco amplio con paredes de blanco impoluto, barandillas metálicas negras, carteles lumi-

niscentes y escalones antideslizantes. Era como lo que se podría encontrar en cualquier edificio de oficinas o centro comercial. La puerta se cerró tras ellos.

— Alto. Ponte de rodillas, manos en la nuca. Y no te muevas.

Trabajosamente debido a su elección de vestuario, ella obedeció. Detrás, el hombre extrajo una radio portátil de la chaqueta, y sin dejar de apuntar a su prisionera habló.

— Donovan, aquí Cummings. La tengo. Estamos en las escaleras de emergencia del sureste, planta 101. Ven rápido.

La chica frunció el ceño, sorprendida. Ahora todo estaba claro. Había oído el nombre de Cummings con anterioridad, pues comenzaba a ganar notoriedad en los círculos de inteligencia. Se trataba de una joven promesa del servicio de seguridad que no había cumplido aún los treinta pero ya era jefe de equipo. Tenía fama de implacable. Eso significaba que había sido capturada por aquellos que, hacía menos de un año, la habían incluido en la lista de los enemigos públicos más buscados. La comprensión de esto le llenó de rabia interior, pero procuró mantenerse impertérrita a pesar de que las rodillas comenzaban a dolerle.

Momentos más tarde, la puerta del piso inferior se abrió y otro agente vestido igual que Cummings se internó en la escalera, el arma desenfundada y apuntando hacia ellos. Su captor guardó la radio.

— Tranquilo, la tengo controlada. Estaba entre los invitados.

Donovan enfundó la pistola y subió hasta ellos sin dejar de vigilar a la chica.

— Buen trabajo. ¿Sabemos ya quién es?

— Ahora lo averiguaremos —respondió Cummings, mientras con la mano que tenía libre sacaba un taser del bolsillo y, endureciendo el gesto, estiró el brazo y aplicó una brutal descarga en la nuca de la mujer. Esta dejó escapar un grito y cayó después al suelo, inconsciente. Ambos agentes se acercaron a su cuerpo, y de improviso este comenzó a experimentar una sorprendente transformación. Sus facciones se alteraron y su estructura corporal, así como el tono de su piel, cambió ligeramente. No duró mucho, apenas unos segundos, pero sí lo suficiente para que al cerebro humano le costase asimilar lo que ocurría. Cuando terminó tenían a sus pies a otra joven igualmente

atractiva, pero en absoluto la original. Donovan pegó un silbido de admiración e incredulidad pero Cummings, impassible, sólo confirmó su teoría.

— Krystal —dijo nombrando a la mercenaria, asesina y agente libre que tantos quebraderos de cabeza había causado a las autoridades y servicios secretos de occidente. Poseía un impresionante récord de encargos completados con éxito, en buena medida debido al buen uso de su poder mimético. Se decía de ella que era una de las mejores cambiantes vivas, pero al igual que el resto tenía sus limitaciones, entre ellas la incapacidad de metamorfosearse en miembros del sexo opuesto o de realizar cambios drásticos en su estructura corporal.

— La leyenda en persona —contestó Donovan, comprobando las constantes de la chica mientras Cummings guardaba el táser y el arma y volvía a coger la radio.

— Asegúrala y quédate con ella vigilando. Voy a dar parte y a planificar la extracción. No hay que dejar que nadie la vea, es vital que la fiesta siga como si nada. Sería un escándalo.

— No me parece muy seguro. A la mierda los periodistas, llevamos años detrás de ella. Yo pediría refuerzos pesados.

— No podemos, y lo sabes —replicó su compañero mientras bajaba las escaleras y se dirigía a la puerta por la que había salido Donovan—. Asuntos de política.

El vip no quería que hubiera mucha seguridad visible a su alrededor, pues era del parecer que estar rodeado de hombres armados daba mala imagen. Donovan se preguntó si ser sangrientamente asesinado en público no daría aún peor imagen. El agente resopló, se agachó al lado de la joven y sacó sus grilletes de dotación disponiéndose a asegurarla, mascullando una queja acerca de los políticos. De repente, rápida como un relámpago, Krystal se incorporó, le incapacitó con un golpe en la garganta y le aprisionó con una férrea llave. Acercó su boca al oído del agente y susurró enfadada, como una profesora corrigiendo a su pupilo:

— Para que lo sepas, cuando nos desmayamos no recuperamos nuestro aspecto.

Con otro certero golpe en la nuca le dejó fuera de combate. De buena gana le habría roto el cuello, pero ni siquiera ella estaba dispuesta a convivir con el tipo de presión que matar a un agente del servicio acarrearía. La perseguirían día y noche sin pausa, y tarde o temprano ella tendría que descansar, mientras que sus enemigos podrían turnarse.

Registró el cuerpo del agente y se hizo con su arma y su radio descartando el resto. Con sus propias esposas le dejó sujeto a la barandilla. Con un cambio de ropa, tal vez pudiera adoptar un aspecto suficientemente bueno para dar el pego de lejos, pero desechó la idea. Así y todo se quitó los tacones con deleite. Tampoco se llevó el bolso: los últimos acontecimientos hacían imperativo un cambio de plan, y el material en su interior ya de nada le serviría. Tendría que improvisar.

Comenzó a subir las escaleras. Si lo que había oído antes era cierto, la seguridad en torno a su objetivo no sería demasiado alta. Ellos mismos le facilitaban el trabajo. Como para confirmar este pensamiento, apenas llevaba un par de pisos cuando una voz sonó por la radio acompañada de estática.

— Base para toda la malla: el cóndor se encuentra en el nido. Repito, el cóndor se encuentra en el nido.

«Gracias, imbécil», pensó Krystal. Había interceptado las suficientes comunicaciones a lo largo de su carrera como para saber lo que esas palabras significaban: el vip estaba en la *suite* de lujo, en las plantas superiores del edificio. Iba en la dirección correcta. Sería una buena manera de permanecer informada, al menos hasta que diesen la alarma y cambiasen las frecuencias.

Ya en la última planta posible (las escaleras de emergencia comunes no llegaban hasta la zona residencial privada), abrió la puerta forzando el mecanismo y se asomó con cuidado. A esa altura el edificio se estrechaba ligeramente, dejando paso a una superestructura que, aunque vista desde fuera mantenía la sensación visual de continuidad, por dentro era vastamente distinta: la zona residencial de lujo no se privaba de nada, incluyendo un jardín hidropónico, otro normal, piscina, gimnasio, helipuerto, sala de juntas, cine y bolera. Un edén que sólo se podían permitir gente como sus clientes o sus objetivos, se dijo Krystal con jovialidad.

Se movió entre las sombras que las potentes luces exteriores creaban a intervalos regulares, manteniéndose apartada de los guardias de seguridad que patrullaban siguiendo rutas casi siempre fijas, además de algunos en puestos de vigilancia estáticos. Se alegró al comprobar que informaban periódicamente de su actividad por un canal de radio que ella podía escuchar. Aparte, había domos móviles con cámaras de seguridad, pero su lento movimiento era fácil de prever y antes de la misión había estudiado bien toda la zona, como correspondía a una profesional de su talla. Las escaleras de acceso al nivel superior resultaron estar más vigiladas, así que ágilmente trepó por la pared en una zona a oscuras usando de apoyo tuberías y conductos. Un guardia se giró casi a tiempo de verla, pero con una voltereta se puso a cubierto. El peligro y la adrenalina no embotaban sus sentidos, sino que los estimulaban, y se sentía en su elemento.

De esta manera terminó por alcanzar el nivel de la *suite* de lujo, donde a través de los ventanales del salón distinguió a su presa. El hombre estaba sentado en el sofá, trabajando en un ordenador portátil con una copa de vino al lado. Vestía de etiqueta, dado que tarde o temprano se iba a reunir con sus invitados. Parecía completamente ajeno al peligro que se cernía sobre él. Krystal avanzó por las sombras, acechante, hasta las puertas dobles que desde la estancia permitían acceder a una galería de observación exterior. Las abrió y traspasó el umbral, notando al invadir el salón un cierto aroma a ambientador de bambú. Cuando ya había llegado a pocos metros de su víctima, las miras del arma alineadas en su espalda, habló.

— Buenas noches, senador.

El otro se levantó del sofá como un resorte y se giró, asustado. Al ver lo que ella llevaba en las manos, sus ojos se abrieron como platos y comenzó a levantar las manos mientras interrogaba con voz temblorosa.

— ¿Q-quié es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

Krystal sonrió de manera parecida a como lo habría hecho una hiena ante la presencia de un antílope.

— Mi nombre no es importante, y mi intención creo que es obvia. Se ha convertido usted en una molestia para determinada gente, gente con los recursos suficientes para contratarme a mí.

— ¿Ha venido a matarme?

Sin bajar el arma, comprobó de reojo sus alrededores para cerciorarse de que estaban solos. Le divertían aquellos últimos momentos con sus objetivos, como un cazador que juega con su presa antes de matarla. Para ella, sin duda la mejor parte era el instante de la comprensión.

— Una deducción brillante, veo que sus votantes no se equivocaron al elegirle.

— P-pero... ¿Por qué? ¡No he hecho nada!

— No es eso lo que piensan ciertos caballeros del Oriente Medio... Ese tratado comercial para impulsar las energías renovables en detrimento de los combustibles fósiles les perjudicaría mucho.

— ¿Así que es por eso? Pero, ¡matarme no detendrá el tratado! Es más, puede que gane apoyos.

— A no ser... que su sucesor se encargara de que no saliese adelante, algo por lo que sería generosamente recompensado.

El político se quedó parado unos instantes, reflexionando.

— Michaels...

— Exacto. El senador Michaels, por cierto, me pide que le envíe recuerdos, y lamenta mucho que usted decidiera no apoyarle como candidato a la presidencia.

La conversación llegaba a su fin. Cuando parecía que al senador ya no le quedaba nada que apelar, añadió:

— Si me mata, no logrará escapar de aquí. Está rodeada.

— Se equivoca, huir será lo más fácil.

Concentrándose pero sin cerrar los ojos, Krystal llevó a cabo la transformación mientras el senador miraba con la boca abierta. Cuando acabó, era otra joven, una que le resultaba bien conocida, la que se erguía delante de él.

— ¡Una cambiante!

— Así es. Y no creo que nadie sospeche de su propia hija. Adiós, senador.

Apuntando al corazón del hombre, apretó el gatillo. Y ocurrió lo más inesperado.

Nada. Nada en absoluto.

Contrariada, chequeó el arma, la recámara, la palanca del seguro. Todo estaba en orden. Cuando ya daba un paso adelante decidida a hacerlo con sus propias manos, un pinchazo en el muslo precedió a una dolorosa descarga que le hizo soltar el arma y caer al suelo incapacitada. Con ruido de madera astillada y cristales rotos, un enjambre de soldados armados hasta los dientes irrumpió en la habitación y la encañonó. En cuestión de segundos aseguraron la escena, retirando la pistola y sujetando a Krystal con bridas de plástico.

La incorporaron a tiempo para ver cómo el senador sacaba una radio y daba unas órdenes por ella. Su expresión facial y su lenguaje corporal habían cambiado por completo, y notó algo familiar en él. Horrorizada, fue testigo de cómo alzaba una mano hasta al cuello y, tras algo de esfuerzo, la levantaba llevándose con ella la máscara que había cubierto el rostro del agente Cummings.

— Tú no eres la única que puede cambiar, Krystal — dijo mirando con curiosidad el invento que había consumido buena parte de los fondos de investigación de la agencia, así como la paciencia de algunos supervisores. Se trataba de un nuevo material que, además de imitar a la perfección la textura de la piel humana, permitía la irrigación de la misma con sangre artificial de modo que la capa exterior pudiera sonrojarse o palidecer de manera realista acorde al individuo que la portaba. Además, la zona del cuello incluía un complejo dispositivo cibernético que modificaba la reverberación de las cuerdas vocales para cambiar la voz.

Si la máscara hacía uso de la última tecnología existente, la pistola sustraída al agente Donovan era el polo opuesto: la solución más sencilla posible. La carga propelente de la munición había sido sustituida por inofensiva arena, convirtiéndola en inerte pero sin variar su peso. Si bien la mercenaria se habría percatado de ello de haberla usado antes, Cummings había estudiado muy bien a su adversaria y sabía que lograría llegar hasta el ático sin verse obligada a ello. Aunque no le hacía gracia reconocerlo, era una profesional muy buena. Pero no era mejor que él.

Donovan se acercó a su compañero, llevando en las manos el lanzador de letalidad reducida que había usado para abatir a Krystal. Portaba también un chaleco antibalas táctico, y tenía cara de pocos amigos. Aún tenía jaqueca

por el golpe que le había dejado inconsciente, y estaba nauseoso por las sales que habían usado para reanimarle.

— Ya han peinado la zona, sin novedad. Me han comunicado que el senador ya va camino de la fiesta. Transmite sus más sinceras felicitaciones.

— De acuerdo, bien. Que los hombres vuelvan a sus puestos en el retén, y que venga alguien a arreglar todo este desorden. Vamos a llevarla arriba.

La cogió por el brazo y la condujo afuera mientras ella esquivaba a duras penas los cristales del suelo. Escoltados por dos de los comandos, avanzaron hasta las escaleras que llevaban a la parte más alta del rascacielos (quitando las antenas que se alzaban más allá todavía), donde se albergaba el helipuerto. Con toda probabilidad, la sacarían de allí en helicóptero para minimizar la posibilidad de un encontronazo con los medios.

— Ha sido muy interesante lo que nos has contado, Krystal. Ten por seguro que tomaremos las medidas correspondientes. Empezando por el senador Michaels, quien en breves momentos va a ser arrestado en su casa de campo.

Ella estaba furibunda y rabiosa como una niña a la que han castigado sin postre. Estaba acostumbrada a ganar y a salirse con la suya, siempre. Lo que más le indignaba era que la hubiesen hecho quedar como una estúpida, engañándola para delatar a los suyos, algo que nadie nunca había conseguido antes con amenazas ni torturas. Haría lo que fuese por devolverles el golpe sin importar el precio.

— Ni que decir tiene que estábamos sobre tu pista desde que llegaste al país. Uno de tus colaboradores te vendió a cambio de inmunidad. Sabía que no hablarías por las buenas, así que decidí organizar esta pequeña artimaña.

Cummings no se arredraba ante nada, ni siquiera ante la perspectiva de que algo pudiese salir mal estando indefenso ante la asesina. Arriesgaba su vida o la de otros según fuese necesario. También estaba acostumbrado a ganar.

Subieron al helipuerto y el agente despachó a sus hombres, situándose con Krystal al borde de la zona de aterrizaje. Ella le traspasaba con la mirada, los ojos entrecerrados. Adoptó de nuevo su aspecto original.

— No podréis retenerme mucho tiempo, ni mantener a salvo a vuestros líderes eternamente. Soy la mejor.

Donovan se alejó para hacer una llamada a su supervisor. No se veía rastro alguno del helicóptero. Allá afuera la ciudad era un hervidero de luces multicolor, mientras sus ciudadanos seguían con sus vidas ajenos a todo cuanto allí había ocurrido.

Con una mueca maliciosa, añadió:

— Ya me he fugado dos veces, y puedo volver a hacerlo. Lo sabéis de sobra.

Cummings la miró y esbozó una media sonrisa.

— Sí. Lo sé.

Y, sin previo aviso ni variar el semblante, agarró a la chica y con un brusco movimiento la proyectó por encima de la barandilla, donde quinientos metros más abajo —tras un tiempo más que suficiente para sopesar todos sus errores— a Krystal le esperaba un encuentro con la dura realidad.

